

# Como un torrente



PEDRO J. BOSCH

**D**ebía andar por los cinco o seis años cuando iba a su casa a jugar con Nelo y Mateo, sus hijos, mis inolvidables amigos que luego desaparecerían trágicamente, pero jamás le veía, no sé si porque nunca coincidíamos o porque para mí pertenecía a esa nebulosa que formaban entonces "los mayores". Mis primeros recuerdos del doctor Mateo Seguí, individualizado, emanan de las veladas de San Pedro en que los amigos de mi padre venían a casa para celebrar la onomástica, un hermoso día de fiesta. El doctor Seguí, como los Doménech, Escudero, Pérez Mendoza, mi tío Antonio Barber, el joven Alfredo Soro y tantos otros, era entonces para mí uno de esos pequeños dioses que no sólo era *mayor*, con todas sus connotaciones de respetabilidad, sino que además era médico, lo que le situaba directamente en el olimpo.

Tendría trece años cuando mi padre, viendo, entre alarmado y fascinado, mi insólita afición por componer periódicos caseros, me anunció ufano que hablaría con *Mateu*, y entonces descubrí, absolutamente desopilado, que, además de *mayor* y médico, se podía ser, al mismo tiempo, periodista, el *summum* para un muchacho que empezaba a dudar entre la medicina y emborronar papeles. Para entonces ya había conocido a Paco Pons Capó, quien me había publicado sorpresivamente una crónica de fútbol, pero faltaba el empujón, *la influencia* que tanto se llevaba entonces para entrar en el paraíso de *Es Diari*, y en *Mateu* me lo dio, empezando así una andadura periodística que no tiene

visos de acabarse hasta que la muerte nos separe. Allí conocí al *otro Mateo*, al director de los tiempos heroicos de la consigna y la pandereta, y empecé a darme cuenta de que los dioses son humanos, porque en el fragor de la refriega diaria, Mateo distaba mucho de ser un dios bonachón y apacible. Más bien se comportaba torrencialmente, tanto en horas de bonanza -capaz de carcajearse espasmódicamente- como en tiempos de cólera, de los que solía prevenirte con el oportuno levantamiento de cejas un Biel Fiol metido a fraile meteorólogo. Entonces más te valía camuflarte, el horno no estaba para bollos.

Después de haber asistido a mi boda en Palma, aún con su inolvidable esposa Carmen, y atendido, con profesionalidad y ternura, a mi mujer en el nacimiento -maravillosamente natural- de mis dos hijos, vendría la época más tormentosa de nuestras relaciones, y es un decir, porque le quería y respetaba demasiado, y jamás llegó la sangre al río. Fue a principio de los ochenta, cuando concurrieron varias circunstancias: entré como vicepresidente del Ateneo, él fue coordinador insular de Sanidad, o como se llamase su cargo, era mi *jefe*, vamos, en tiempos conflictivos, aunque nuestras principales disensiones eran de otra índole. De vez en cuando me llamaba a su despacho de la Residencia Sanitaria:

—Tu artículo sarcástico sobre la Semana Santa me ha dolido mucho.

—Lo siento, trataba de ser sólo irónico.

La cosa no pasaba de ahí, aunque por la tarde, en las tertulias del Ateneo que compartíamos los jueves, creía percibir cierta animosidad por su parte, pero paulatinamente me iría dando cuenta de la realidad: era su forma de hablar, rebatir, contrargumentar con la energía de un coloso, y era patente con *todos* los contertulios. No era más que el Mateo

químicamente puro, vehemente, torrencial, contundente y estentóreo como un repique de campanas. Luego, con los años, él se iría haciendo más tolerante y yo más prudente y respetuoso, le operé de cataratas y fue sin duda un paciente extraordinariamente grato, increíblemente dócil dado su temperamento, y así, entre unas cosas y otras, nuestras diferencias quedarían minimizadas, y mi cariño y admiración por él acrecentados (aún me estremece el abrazo que me dio el día de su jubilación en un pasillo de la Residencia).

Los tertulianos lo teníamos mal con él porque estaba infinitamente más documentado que nosotros, no en vano se le podía ver, se le ha podido ver hasta el final -no hará más de veinte días que coincidimos- en la hemeroteca del Ateneo, devorando *todos* los periódicos. Como se le podía ver en *todas* las conferencias: veinte años presentando conferencias me confieren autoridad para afirmar sin ambages, Mateo *siempre* estaba allí, y lo primero que yo hacía, inconscientemente, era buscarlo con la mirada. Creo que me sentía arropado al verle, y me enternecían sus ocasionales cabeceos, su atuendo austero y un tanto desaliñado de jardinero de Punta Prima ajeno a los oropeles de este mundo, tanto que una vez -la única- tuve que amonestarle por guardar paciente cola en mi consultorio, ¡sin anunciarse!

Por eso me preocupé enormemente cuando en la reciente apertura de curso no le vi entre el público. Era la primera vez que ocurría y supe enseguida que algo andaba mal. Fui a verle discretamente a su casa, y se me encogió el corazón al ver cómo al torrente se le estancaban las aguas. Daría cualquier cosa para que me pudiera seguir riñendo. Y no sabré a dónde mirar cuando me sienta en la tribuna del Ateneo, nuestra segunda casa. Ni siquiera sé si podré mirar a alguna parte.